

## Juan Arana, el sabio humilde

MARTÍN LÓPEZ CORREDOIRA

Instituto Astrofísico de Canarias

LA FILOSOFÍA ACADÉMICA, en España y en todo el mundo, es a día de hoy bastante sectaria. Diversos grupos en los distintos departamentos se dedican a producir una suerte de contenidos mediocres, mayormente un refrito con una repetición de las muchas ideas que ha habido a lo largo de la historia, o bien alguna especulación post-moderna o de idearios políticos, y se dedican a mercadear con tales contenidos y crear redes clientelares basadas en el nepotismo entre quienes se unen a tal o cual secta, o bien a repeler a quienes critican tales ideas. De lo que se trata no es de buscar la verdad, sino de hacer propaganda cada grupo de sus verdades relativas y hacer valer su criterio y su estatus, a fin de conseguir mayor impacto y financiación para la empresa cultural.

Dentro de la academia y el mundo de los profesionales de la cultura en la actualidad, si hubiese algún individuo con ideas realmente valiosas, éste estaría totalmente aislado y olvidado. Salvo raras excepciones, no son los mejores pensadores los que destacan, puesto que suelen ser otros los que escriben en los suplementos culturales de los periódicos, los que intervienen en los debates televisivos o en centros culturales, los que van de gira por las universidades de verano, los que asesoran a los ministerios, etc. Y, claro, estos hombres públicos, estos mercaderes de la cultura, con lo ocupados que están en sus ajetreos, tienen aún menos tiempo para pensar. Se preocupan más por las relaciones públicas, el tráfico de influencias y el halago a los responsables de las subvenciones del Estado, y son, claro, los que alcanzan la fama en vida como hombres de cultura. No es algo propio únicamente de la filosofía académica. En la investigación científica donde me he acomodado en la poltrona de puesto de funcionario del Estado desde hace algunos años también suceden cosas semejantes.

Max Weber afirmaba en *La profesión de científico* que los métodos de selección de las Universidades e institutos hacen que estas instituciones se llenen de mediocres, y que con la influencia norteamericana se estaban convirtiendo, ya a principios del s. XX, en empresas de capitalismo de Estado, donde se separan los trabajadores y los medios de producción que el Estado pone a su disposición. Nietzsche decía a uno de sus colegas en una carta: «Con el tiempo he ido reconociendo el acierto de la doctrina schopenhaueriana sobre la sabiduría universitaria. Una verdad absolutamente radical resulta aquí de todo punto imposible y nunca podrá constituirse esto en punto de partida de nada verdaderamente revolucionario». Sin duda, lo más interesante es estudiar allí la historia

de la filosofía, para saber lo que han dicho grandes sabios del pasado, pero es mejor no prestar demasiada atención a los modernos pensadores a sueldo. Antes y después de haber pisado una facultad de Filosofía, siempre he estado de acuerdo con la exhortación de Schopenhauer: «En consecuencia, el que esté interesado en el conocimiento, y no en la filosofía del Estado ni en la filosofía de broma, el que esté interesado por tanto en la búsqueda seria y sin contemplaciones de la verdad, que se dirija a cualquier parte menos a las Universidades, porque aquí su hermana, la filosofía *ad normam conventionis*, ejerce el mando y es la que dicta los platos del menú» («Sobre la filosofía de Universidad», *Parerga y Paralipómene*).

A las consideraciones generales sobre la Universidad en cualquier época y lugar, con excepciones notables, hay que añadir además el declive que la acompaña en nuestros tiempos, lo que hace incluso parecer a la academia de antaño como el parnaso del saber y del desarrollo del conocimiento. Hay incluso universidades que ofertan licenciaturas o grados con cursos sobre fotografía, asistencia matrimonial, gestión hotelera o administración de campos de golf; o cursos complementarios sobre peluquería canina o similares, temas que nada tienen que ver con la cultura sino con oficios profesionales. Y aun en las carreras tradicionalmente serias es evidente que las cosas ya no son lo que eran. Sólo las mentalidades mediocres afirman que las universidades son panaceas del saber compuestas por mentes inquietas. Verdaderamente, los ojos de sus individuos se suelen mostrar chispeantes y sus almas inquietas, pero sólo cuando se habla de una plaza que ganar, un examen con el que alcanzar altas puntuaciones o un ascenso que conseguir.

Claro que hay también notables ejemplos de filósofos que han ejercido su labor de enseñanza en las aulas, sobre todo en el s. XX. Más que nada porque apenas quedan filósofos reconocidos del s. XX que no hayan pasado por las aulas y por lo tanto no hay mucho con que comparar; tal es la estandarización a que nos somete el sistema. Ortega por ejemplo daba clases de lo mismo que luego escribía en sus ensayos. Unamuno, catedrático y rector de la Universidad de Salamanca, se ganaba los garbanzos con sus clases de lenguas clásicas, una labor bien distinta de la que desarrolló en sus obras. También, por cierto, estaba algo harto de la Universidad como lo demuestran sus palabras en una carta a Ortega: «Y me ahogo, querido Ortega, me ahogo; me ahogo en este ambiente de ramplonería y mentira. He pensado seriamente en largarme... ¿a dónde? Pero no, éste es mi puesto». Son casos excepcionales, no promovidos por la atmósfera burocrática universitaria, sino por el ímpetu creador libre de grandes personalidades que, a pesar de estar en una Universidad, han sabido zafarse del redil y dar luz a sus ideas.

Juan Arana ha triunfado en su carrera universitaria, siendo catedrático en la Universidad de Sevilla y un personaje de alta relevancia dentro de la actual filosofía académica española. ¿Quiere ello decir que se ha arrimado a la camarilla de los burgueses acomodados en la profesión sofista? No me lo parece, creo que hay en Juan un pensador que va más por libre que arrastrado por el gregarismo intelectual. Si bien puede seguir alguno de los patrones que todos los que nos dedicamos a vivir del cuento de la cultura seguimos, se da perfectamente cuenta del mundo en el que vive, y eso es lo que caracteriza a un librepensador, alguien que se atreve a opinar antes de que le pregunten sobre

una cuestión, incluso tirando piedras contra su propio tejado si es necesario. Júzguense si no los contenidos de estos textos suyos:

«Hace unos años un grupo de alumnos de mi facultad pidió una subvención para sacar una revista: se les dijo que el presupuesto del aula de cultura ya estaba comprometido para pagar un concierto de rock y una *barrilada* de cerveza. Antes contaba la anécdota como un chiste; ahora ya no lo hago. [...] En otro orden de cosas, asistimos a un período de *rebajas*, en que cada vez ponemos más baratos los títulos, los exámenes, las calificaciones, los créditos académicos. [...] el *nivel* tiene que ser revisado una y otra vez a la baja. El absentismo de los estudiantes es cada día más general; su incapacidad o falta de motivación para leer libros (aunque sea el *manual* de la asignatura), también. Lo de las faltas de ortografía ya ha dejado de ser motivo de escándalo. [...] El surgimiento y desarrollo inflacionario de agencias evaluadoras de variado alcance y jurisdicción, hace que la vida universitaria se desenvuelva en un clima cada vez angosto de mediatizaciones que siempre dejan de lado la calidad intrínseca del trabajo realizado y priman en cambio requisitos meramente formales, tales como redacción de memorias, cumplimiento de formularios, preparación de *dossiers* informativos, visitas de evaluadores, sesiones de discusión, etc. etc. etc. Mi propia experiencia, contrastada con la de otros colegas, es que todo ello sólo sirve para aumentar desproporcionadamente el trabajo administrativo y favorecer a los expertos en los tejemanejes burocráticos».<sup>1</sup>

«¿A qué se dedicarán los filósofos después del desahucio? Su opción preferida ha sido realojarse en casas ajenas a cambio de sus servicios. Es frecuente que pretendan convertirse en guardias de tránsito para regular la circulación del conocimiento, o garantes del buen uso del lenguaje, o ministros sin cartera que ejercitan por doquier el 'espíritu crítico'. Funciones no demasiado apreciadas por sus presumibles beneficiarios, lo que explica el escaso entusiasmo con que han sido recibidos en todas partes estos filósofos 'desterrados'. Es comprensible que la gente prefiera efectuar por sí misma las funciones críticas-reflexivas, de manera que los que esperaban ejercerlas por cuenta ajena acaban viéndose sin oficio ni beneficio [...]. Por lo demás, la mayor parte del colectivo profesional al que se le paga por filosofar se ocupa más bien de tareas—digamos—museísticas».<sup>2</sup>

Sin duda, hay algo de excepcional valor en quien se atreve a hablar tan claramente buscando la verdad última de las cosas, algo que ni filósofos ni científicos suelen hacer a pesar de llenarse la boca hablando de la verdad.

A Arana lo he conocido en Madrid en el año 2000 en un congreso de filosofía que trataba sobre cuestiones filosóficas en la mecánica cuántica. Fue uno de los poquísimos filósofos en el congreso que me parecía que tenía conocimientos suficientes de la materia para hablar sobre el asunto; la gran mayoría, poca idea tenían de física y menos aún de materias tan complejas como la física cuántica. A mí siempre me ha parecido que deberían ser los científicos los que hablasen de cómo funciona la ciencia y la naturaleza, pero parece que la tradición gremial de la Filosofía de la Ciencia y Filosofía de la Naturaleza en nuestro país está más bien nutrida por gente de letras que apenas saben hacer una derivada o una integral de una función matemática, y que poco más entienden de

[1] Juan Arana, «Sobre la situación actual de la Universidad. Problemas y soluciones», *LOGOS. Anales del Seminario de Metafísica*, 36, pp. 41-48 (2003).

[2] Juan Arana, *Los sótanos del Universo. La determinación natural y sus mecanismos ocultos*. Biblioteca Nueva. 2012.

la ciencia que sus anécdotas históricas. No obstante, hay brillantes excepciones, y Juan Arana me pareció que estaba a un nivel muy superior respecto a sus colegas de Filosofía de la Naturaleza.

Yo por entonces estaba inmerso en la escritura de una tesis doctoral de Filosofía relacionada con temas científicos que me estaba trayendo de cabeza, no tanto por las dificultades en su creación, sino por conseguir poder expresar libremente lo que uno había pensado sin que el profesor tal o cual intentara decirme que la verdadera ruta a la sabiduría estaba en pasar por el aro de su disciplina. Antes de contactar a Arana, la dirección de mi tesis estuvo en manos de cuatro filósofos, los cuales mayormente no entendían el enfoque que quería darle al tema bajo el título *Contra el libre albedrío en el marco de las ciencias contemporáneas*<sup>3</sup> e intentaron convencerme de que dejase las disquisiciones científico-filosóficas sobre el tema y que le diera otro punto de vista con el cual estaban más familiarizados, cada uno de ellos barriendo para casa y dándome a entender que la verdadera filosofía se hallaba en lo que ellos hacían.

El quinto y último de los intentos de encontrar un supervisor que aceptara la tesis tal y como yo la había concebido fue Juan Arana, con quien llegaría a buen puerto. Mi relación con el catedrático fue excelente, mejor que excelente. Primero, entendió mejor que nadie de qué estaba hablando y lo que quería expresar. Segundo, me dio unos consejos constructivos y algunas correcciones muy acertadas en su mayor parte, creo que fueron los mejores consejos de entre todas las personas con las que había interactuado. Tercero, y lo más importante, a pesar de tener Juan Arana varios libros escritos, ser una autoridad en varios temas que yo trataba, y tener ciertos puntos de vista diferentes (entre ellos, el mismo tema principal del libre albedrío), no ha interferido para nada en el trabajo que había creado. No me mandó sus trabajos para que los leyese y adaptase el mío a sus enseñanzas. Tan sólo un artículo suyo me llegó, muy bueno por cierto, que me envió por otros motivos diferentes al trabajo de la tesis. Más tarde, después de la realización de la tesis, me daría a conocer algunos de sus libros.

Sólo una cosa me expresó, aunque no con tono de obligación: que prefería que moderase algo el tono agresivo de la tesis eliminando ciertos comentarios irónicos. Considerando que Juan no compartía mi posición y que me estaba apoyando para la presentación de un trabajo con su nombre como supervisor, estimé oportuno hacer lo posible para que se sintiese a gusto con éste, sin cambiar ni un ápice los contenidos y la expresión de mis ideas. Teniendo en cuenta que en los círculos universitarios hay unas ciertas reglas de diplomacia, que a mí poco me importaban pues no era mi objetivo principal el simpatizar con el Statu Quo, pero que a mi supervisor sí le importaban ya que en ese medio se desenvolvía, me pareció oportuno seguir éste su consejo, eliminando todo o casi todo comentario beligerante. Posteriormente, en la versión publicada en 2005 (ver nota a pie de página 3), si incluiría todos los comentarios mordaces que he considerado más propios de mi estilo.

[3] Tesis finalmente leída el 3 de abril de 2003 en la Facultad de Filosofía de la Universidad de Sevilla, bajo la supervisión de Juan Arana, donde obtuvo la máxima calificación de sobresaliente cum laude. Sería posteriormente publicada en 2005 en una versión modificada en: Martín López Corredoira, *Somos fragmentos de Naturaleza arrastrados por sus leyes*, Vision Net, Madrid, 2005.

El planteamiento de Juan Arana me pareció además muy consistente. Él parte del supuesto de una razón libre y alaba toda filosofía por lo racional que hay en ella. A tal respecto mostraba gran admiración por muchos aspectos de la ciencia y la argumentación racional que de ella se deriva. Mi planteamiento es diferente: estoy firmemente convencido de que lo que motiva a alguien a adoptar una posición u otra no es lo convincente de unas razones de por sí, sino el impacto que pueda crear un discurso sobre sus pasiones irracionales. No obstante, comprendí y me pareció razonable seguir los consejos de Arana respecto a eliminar comentarios beligerantes/pasionales en la versión académica del trabajo.

He de decir que, como todo ser humano, me equivocó muchas veces, pues, schopenhaueriano convencido como era yo, no esperaba realmente encontrar una integridad y honestidad intelectual semejante a la de Juan Arana en una Universidad ejerciendo su profesión. Hay gestos que valen más que palabras y acciones que valen más que doctrinas. El grado de moralidad que he podido apreciar en él creo que es algo digno de ser admirado, y que hay mucho que aprender de él. Probablemente se aprenda más de este modo que no leyendo algunas enrevesadas profundidades de la filosofía de nuestros tiempos. Si alguien de mis ideas me felicita por mi trabajo, lo consideraría un halago, y un placer el poder compartir puntos de vista con ésta. El que alguien contrario a mis ideas fatalistas y de gran inteligencia se muestre abierto al diálogo y además apoye mi exposición animándome a que siga mi camino no es ya halago, sino nobleza, algo tremendamente escaso en los tiempos que corren. Creo que ésta es una de las mejores enseñanzas de ésta mi andadura por los feudos departamentales. Sólo espero que, si algún día encuentro a alguien con motivación para filosofar, sean cuales sean sus ideas, no trate de torcer su camino y pueda hacer con él como el noble espíritu de Juan Arana hizo conmigo. Hay algo más importante y bello que la defensa de unas ideas, y ello es la tolerancia intelectual (sin que esto tenga resonancias democráticas ni nada de lo que hoy en día suena políticamente correcto). Son muchos los que hablan de tal tolerancia, pero la mayoría se refugian en sus propios criterios de calidad (por ejemplo, tu trabajo es malo porque no me citas a mí; o es demasiado claro para que lo podamos llamar profundo —dice el amigo de las oscuridades metafísicas y del juego de palabras—; etc.) para tachar de inaceptables los trabajos que no siguen sus propias corrientes. Esto es una gran verdad tanto en los ámbitos académicos de la filosofía como los de las ciencias.

No finalizó mi relación con Juan Arana tras la lectura de la tesis doctoral en 2003. Bien al contrario, fue ello el comienzo de una hermosa amistad, que diría el personaje principal de la película *Casablanca*.

Con Juan participaría en múltiples debates sobre temas que nos interesan a ambos, aunque nuestras ideas hayan sido bien diferentes, como ha quedado reflejado en múltiples publicaciones en la revistas *Thémata* o *Naturaleza y Libertad*.<sup>4</sup> Decía Kant que los

[4] Debates publicados en: Martín López Corredoira «Contra el libre albedrío en el marco de la ciencias naturales contemporáneas», *Thémata*, 32, pp. 227-252 (2004); Juan Arana Cañedo-Argüelles, «La imposible física de la libertad», *Thémata*, 32, pp. 253-264 (2004); Martín López Corredoira, «Contra el libre albedrío: aclaraciones ulteriores», *Thémata*, 32, pp. 297-304 (2004); Juan Arana, *Los filósofos y la libertad. Necesidad Natural y Autonomía de la Voluntad*. Síntesis, Madrid, 2005; Juan Arana Cañedo-Argüelles, «Metafísica y liber-

tres temas más importantes de la metafísica son: Dios, la libertad y la inmortalidad del alma. De los dos primeros temas hemos debatido Juan y yo explícitamente, y el tercero va también implícito en las ideas religiosas confrontadas. A cualquier observador externo, le puede sorprender que teniendo ambos ideas tan diferentes del mundo hayamos tenido tanta interacción en debates intelectuales: Juan desde la visión cristiana y defensora del libre albedrío, yo desde una visión atea, materialista y fatalista. El modelo de catedrático que se estila en este país es el de sabelotodo en su especialidad que ninguna a todo aquel que contradiga sus ideas y está por debajo de su estatus. Sin embargo, Juan está hecho de otro tipo de sustancia: no sólo se muestra considerado con quienes se oponen a sus ideas, sino que los alienta a que desarrollen pensamientos propios, y que participen en los debates. Éste es el verdadero Maestro, no el que adoctrina sino el que enseña a pensar y exhorta a sus discípulos a desarrollar sus propios caminos. Yo, aunque no me considero parte de la Escuela de Juan Arana ni de ninguna otra, sí me considero parte de esa gran estela de luz que ha dejado (y espero que siga dejando por muchos años) el filósofo.

También ha escrito Arana un prólogo al libro que escribí conjuntamente con Francisco Soler Gil con título ¿Dios o la materia?, donde debatíamos ambos desde puntos de vista opuestos sobre cosmología, ciencia y religión. Aquí, aunque Juan reconoce que sus ideas son más cercanas al cristianismo de Soler que a mi ateísmo, se antepone su papel neutral que ni juzga ni impone al lector un ganador en el debate. Le honra doblemente esa posición. Primero, por su honestidad intelectual y franqueza en la que nada tiene que esconder. Me fío yo más de alguien que dice abiertamente «No soy de tus ideas» que no del intelectual hipócrita que se pone el disfraz de imparcialidad diciendo que no tiene prejuicios. Segundo, porque aun siendo totalmente contrario a mi posición, elegantemente antepone su rol de árbitro de un debate en el que no quiere favorecer a nadie de antemano. Tampoco trata de juzgar, sino de escribir un prólogo introductorio invitando a la lectura del posterior debate, mas no son pocos los prologoístas de libros que tratan de manipular al lector hacia caminos diferentes de lo que el autor del libro apunta. Hace falta tener un talento fuera de lo común para escribir con tal humildad y refrenar la erudición que se lleva dentro en un tema, el de Dios y la ciencia, sobre el que Arana ha escrito con gran maestría en multitud de obras. Otro tanto podría decir con respecto a otro prólogo que Juan Arana ha escrito recientemente como preámbulo de mi obra *Voluntad. La fuerza heroica que arrastra la vida. Vol. II* (2021).

Vivimos hoy tiempos en los que ya no es la Iglesia Católica la que ejerce de represora de la libertad de expresión como antaño. Hoy, la represión viene más bien de sectores pseudointelectuales asociados a las ideas políticas *progresistas*, que tratan en muchas ocasiones de imponer un pensamiento único de corrección política, sin respetar al ad-

versario ideológico e insultándolo antes que debatiendo con él. Es paradójico ver cómo los herederos del libertarismo intelectual son ahora los que más abogan por la represión, mientras que los que provienen de una tradición intelectual conservadora son ahora los más abiertos a viejas y nuevas ideas. Juan Arana es un caso destacado de tolerancia en debates filosóficos, mas es justo decir que muchos de los colegas que he conocido en su entorno intelectual son igualmente abiertos. Quizá por ello me he sentido tan bien en las reuniones que Juan Arana ha organizado en las últimas dos décadas dentro del llamado *Seminario permanente Naturaleza y Libertad*. A pesar de encontrarme dentro de una exigua minoría por mis ideas filosóficas, no ya sobre el tema de Dios o la libertad, sino también por mi orientación profesional científica en vez de puramente filosófica, nunca me he sentido como un extraño entre estas amigables personas.

La obra de Juan Arana tiene elementos muy destacables. Especialista de renombre sobre Filosofía de la Naturaleza, sí, pero sin abandonar la visión general de la filosofía que todo pensador que merezca el nombre de tal debe poseer: un hombre que tanto se ha dedicado a discutir sobre Kant o Leibniz, como de la obra de Borges, como de la ciencia contemporánea, así como de multitud de temas éticos y morales de hoy de cualquier tiempo, y todo lo ha hecho bien.

Especial aprecio tengo a alguna de sus pequeñas obras: *Filosofía de lo cotidiano. Hojas de calendario* (2005), una filosofía de la vida; o *El Caos del Conocimiento: del Árbol de las Ciencias a la Maraña del Saber* (2004), donde acierta en mi opinión como buen observador sobre el gran problema de la cultura actual derivada hacia un especialismo que deja sin sentido global al amante del saber. Entre sus obras más extensas, admiro su *Materia, Universo y Vida* (2001) o su *Los sótanos del Universo. La determinación natural y sus mecanismos ocultos* (2012), donde el erudito nos despliega todo su saber sobre Filosofía de la Naturaleza.

Creo no exagerar demasiado si concluyo que la imagen del sabio humilde describe bien al maestro Arana.

tad», *Thémata*, 38, pp. 345-359 (2007); Juan Arana Cañedo-Argüelles, «Libertad y legalidad», *Thémata*, 38, pp. 371-379 (2007); Juan Arana Cañedo-Argüelles, «Física y Libertad», *Thémata*, 38, pp. 399-411 (2007); Martín López Corredoira M., «Naturaleza vs. Libertad», *Thémata*, 40, pp. 257-266 (2008); Martín López Corredoira, «Ajuste fino: Nueva versión del mito del Dios-relojero para tapar agujeros en el conocimiento científico», *Naturaleza y Libertad. Revista de estudios interdisciplinares*, 5 («El ajuste fino de la naturaleza»), pp. 83-94 (2015); Juan Arana Cañedo-Argüelles, «De ajustes finos, taponos cognitivos y diferencias ontológicas», *Naturaleza y Libertad. Revista de estudios interdisciplinares*, 5 («El ajuste fino de la naturaleza»), pp. 257-282 (2015).